

Etxeberria, la vida entre huesos

Ahora es el forense del caso Bretón, la última etiqueta de este «incansable» profesional



«Curiosidad insaciable». Etxeberria, en una foto tomada en su despacho en Donostia. :: JOSE USOZ

Una llamada casual que propició el descubrimiento

II. A. A.
SAN SEBASTIÁN. Una llamada entre colegas, una de tantas que se cruzan para pedir una segunda opinión o simplemente compartir las dificultades de una investigación, propició el principio del fin del caso Bretón. Al otro lado del teléfono el geofísico, Luis Avial, que ha colaborado con la Policía en la investigación con los meteos de su empresa Condor Georádar y que trabaja habitualmente con el profesor Etxeberria en la exhumación de las fosas franquistas. Le confesó la frustración del rastreo, que no daba resultados a pesar de las sospechas que siempre habían mani-

festado sobre los restos hallados en la hoguera de la finca Las Quemadillas: «Quizá estáis buscando algo que ya habéis encontrado», le respondió Etxeberria después de conocer vía telefónica algún detalle de la extraña disposición de la hoguera, en forma de rectángulo. Desde la primera semana tras la desaparición de los niños, el pasado 8 de octubre, la hoguera se convirtió en la primera pista a partir de la que seguir buscando. «La huella técnica de la hoguera era anormal, lo vimos desde el primer momento, un rectángulo. Pasamos el georádar y se vio que no había nada, pero aun así se profundizó más de

un metro con martillos neumáticos», ha explicado esta semana Avial.

Pero no fue hasta el pasado mes de julio cuando las pruebas empezaron a hablar. A partir de la conversación con Etxeberria, Avial le remitió una foto de la hoguera, con permiso del juez y de la propia Policía, dispuesta a repasar, una vez más, todas las pistas. «Antonces vi que merecía la pena que se revisaran los restos», ha explicado Etxeberria. Así lo hizo, en un informe pericial solicitado por la familia materna de los menores y con el permiso de la autoridad judicial y la colaboración de la Policía. De hecho, una vez recibido el encargo, Etxeberria se trasladó a la sede de la Policía Científica en Madrid para analizar todas las pruebas recogidas. «No tardé ni cinco minutos en ver que eran huesos humanos», ha reconocido.

II. ARANTXA ALDAS

SAN SEBASTIÁN. Resulta curioso comprobar en la figura de Paco Etxeberria cómo la historia engulle fechas, nombres, acontecimientos, conformando una memoria moldeada por la mirada de cada espectador. Para muchos sigue siendo el perito que identificó los restos de los etarras Lasa y Zabala, asesinados por el GAL; su trabajo en la exhumación de fosas de la Guerra Civil le ha valido también el apodo de 'forense de la memoria' y esta semana ha sido descubierto por otros tantos como el hombre que ha dado un vuelco a la investigación de la desaparición de los niños Ruth y José, la última de las etiquetas que le han colgado en sus más de treinta años de oficio. Toda una contradicción para un hombre que se dedica a reconstruir el pasado con meticulosidad, pieza a pieza «como en un puzzle», sin dejar escapar detalle, para intentar aportar datos que ayuden al esclarecimiento de una muerte, de una vida al fin y al cabo.

«De una curiosidad insaciable, Paco se caracteriza como científico por su rigor y minuciosidad, y por no tirar nunca la toalla», le describe José Luis de la Cuesta, director del Instituto Vasco de Criminología, donde Etxeberria da clases desde el curso 1985/86. «De carácter sencillo y humilde, no se conforma con sus propias conclusiones, sino que no duda en buscar siempre lo que otras perspectivas puedan aportar de cara al esclarecimiento de los casos», continúa el también director de los Cursos de Verano.

Paco Etxeberria Gablondo (Beasain, 1957) huye sin embargo de cualquier tipo de los méritos que se le han atribuido esta semana, después de saltar a los titulares por confirmar que los restos óseos encontrados en la finca Las Quemadillas eran humanos «de seres inmaduros» y no de animales, como se atribuyó en el primer y errado informe policial. «No soy ninguna eminencia -se ha intentado excusar-. Solo soy un modesto profesor que de esto sé algo». Esto se refiere a los huesos, a la especialidad de antropología forense, en la que destaca por su conocimiento de muestras y restos degradados por los elementos, como el fuego. «Existen muy pocos especialistas en este área. En España no habrá más de dos o tres», un perfil que se ha demostrado determinante en investigaciones estranacadas, como la de Córdoba.

La antropología forense es solo una de las líneas del curriculum de este guipuzcoano que lo mismo recibe el premio Gipuzkoa Giza Eskutibideak (2006) que es tronizado como cofrade de honor de la morri-lla de Beasain (2010). «Es un excelente profesional y en una cena te partes de risa con él», resume uno de sus colaboradores.

La cultura del trabajo le fue inculcada desde pequeño. Creció en

un barrio en el barrio de Laskaitz de Beasain -su padre trabajó en CAF-, y estudió Medicina en Valladolid. De aquellos años le recuerdan yendo y viniendo en su coche, en cuyo maletero transportaba todo tipo de huesos para luego analizarlos en la Facultad, un trasiego que le deparó más de una anécdota cuando encontraba un control policial en mitad de la carretera. Precursor de la Unidad Docente de Medicina de Donostia, formó parte de la primera promoción que terminó la carrera en San Sebastián, donde ejerció como profesor titular de Medicina Legal y Forense desde 1983. Antes de acabar los estudios ya estaba trabajando como médico forense.

Su otra gran pasión es la espeleología. «Si no coge el teléfono, es que está metido en alguna cueva», bromea otro conocido. En la actualidad preside la Sociedad de Ciencias Aranzadi, que tomó su nombre del antropólogo Telestor Aranzadi, a quien ha citado Etxeberria para intentar explicar la clave de la contradicción de los informes forenses y policial en el caso Bretón. «Los ojos no ven nada más que aquello que ya conocen», dijo en entrevista a este periódico. En esta sociedad creó el grupo de trabajo para el estudio de los desaparecidos y las fosas comunes de la Guerra Civil, con el que ha participado en más de un centenar de exhumaciones en España.

«Compromiso ético»

«Incansable» en su lucha por rescatar del olvido a las víctimas, asesoró al exmagistrado de la Audiencia Nacional Baltasar Garzón en la causa que instruyó sobre la memoria histórica. «Estoy en condiciones de reiterar nuestro compromiso ético para con las víctimas de las injusticias. Caso a caso, seguiremos buscando», manifestó en la entrega del premio de la Diputación en 2006.

Acosumbraba a hablar claro, tanto como las pruebas que el analiza, un compromiso que le ha valido más de una dificultad en su carrera. Destaca su firmeza contra la tortura a los detenidos. «Aquellos era tremendo. Te ibas de los calabozos a casa sabiendo que se debía hacer más de lo que se hizo. Incluso, me arrepiento de no haber sido más energético», reconocía en otra entrevista a este periódico en la que recordaba los años y complicados años ochenta.

Filias y fobias aparte, su vínculo con la vida donostiarra le hace estar metido en otras 'salsas'. Junto a Imanol Olazola, Pedro Miguel Etxenike, José Luis Munúa, José María Echarrri, Vicente Zarragüeta y José Luis de la Cuesta, ha sido uno de los promotores de que la nueva ala del Museo San Telmo lleve el nombre de Fernando Sasiain, alcalde donostiarra en tiempos de la República que inauguró el museo en 1932. El martes se descubrirá la placa conmemorativa y de nuevo estará Etxeberria en medio de la noticia.